

JUAN 8,31-59

TEXTO

«³¹Así que decía **Jesús** a los **judíos** que **habían creído** en **él**: “Si **vosotros** *permanecéis en mi palabra* seréis *verdaderamente* **discípulos míos** ³²y *conoceréis la verdad*, y *la verdad* os *hará libres*”.

³³Le respondieron: “Somos descendientes de Abrahán y *nunca hemos sido esclavos de nadie*. ¿Cómo es que dices: ‘*Llegaréis a ser libres*’?”.

³⁴Les respondió **Jesús**: “*En verdad, en verdad os digo* que todo el que hace el pecado es un *esclavo* del pecado. ³⁵Pero *el esclavo no permanece* en la casa para siempre; *el hijo permanece* para siempre. ³⁶Así que si *el hijo* os *hace libres*, *seréis realmente libres*.”

³⁷Sé que sois descendientes de Abrahán; pero buscáis matarme porque **mi palabra** no encuentra lugar en **vosotros**.

³⁸De lo que **yo** he visto junto al Padre hablo, y **vosotros** hacéis lo que habéis oído a [vuestro] padre”.

³⁹Respondieron y le dijeron: “Nuestro padre es Abrahán”.

Jesús les dice: “Si fuerais hijos de Abrahán haríais las obras de Abrahán, ⁴⁰pero ahora me buscáis para matar a **un hombre** que os ha dicho *la verdad* que escuchó a Dios: esto no hizo Abrahán. ⁴¹**Vosotros** hacéis las obras de vuestro padre”.

Así que ellos le dijeron: “**Nosotros** no hemos sido engendrados de una fornicación; tenemos sólo un Padre, Dios”.

⁴²Les dijo **Jesús**: “Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais, porque **yo** he salido y vengo de Dios; porque no he venido por mi cuenta, sino que *él me ha enviado*.”

⁴³¿Por qué *no conocéis* [entendéis] mi palabra? Porque no podéis escuchar mi palabra.

⁴⁴**Vosotros** sois de vuestro padre el diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Él era un asesino desde el principio, y no ha estado en *la verdad* porque no hay *verdad* en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque es mentiroso y el padre de ella [la mentira].

⁴⁵Pero **yo** porque digo *la verdad no me creéis*.”

⁴⁶¿Quién de **vosotros** puede demostrar que he cometido pecado? Si digo *verdad*, ¿por qué **vosotros no me creéis**? ⁴⁷Quien es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso **vosotros** no escucháis, porque no sois de Dios”.

⁴⁸Respondieron **los judíos** y le dijeron: “¿**Nosotros** decimos bien que eres samaritano y que tienes un demonio?”.

⁴⁹Respondió **Jesús**: “**Yo** no tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y **vosotros** me deshonráis a mí. ⁵⁰Pero **yo** no busco mi gloria; el que la busca es también el juez.”

⁵¹*En verdad, en verdad os digo* que quien guarde **mi palabra** no verá muerte nunca”.

⁵²Así que le dijeron **los judíos**: “Ahora *conocemos* que tienes un demonio. Abrahán murió, también los profetas, y **tú** dices: ‘Quien guarde **mi palabra** no probará muerte nunca’. ⁵³¿Eres

tú más grande que nuestro padre Abrahán, que murió? Y también murieron los profetas. ¿Quién te has creído que eres?”.

⁵⁴Respondió **Jesús**: “Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria nada sería; es mi Padre el que me glorifica, de quien **vosotros** decís: ‘Es nuestro Dios’. ⁵⁵Y no le habéis conocido; pero yo le conozco. Y si dijera que no le conozco, sería un mentiroso como **vosotros**; pero le conozco y guardo su palabra. ⁵⁶Vuestro padre Abrahán se alegró porque iba a ver mi día; lo vio y se alegró”.

⁵⁷Así que le dijeron **los judíos a él**: “¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?”.

⁵⁸Les dijo **Jesús**: “En verdad, en verdad os digo que antes que Abrahán existía, yo soy”.

⁵⁹Así que cogieron piedras para arrojarlas contra él; pero **Jesús** se escabulló y salió del templo».

COMENTARIO

.- Jesús sigue hablando con «los judíos» (v. 31), pero el relato exige que no puedan identificarse los muchos que creyeron en él (v. 30) y el grupo que se describe ahora como «los judíos que habían creído en él» (v. 31): indica que una sección de «los judíos» han comenzado a creer en Jesús, pero que aún les queda camino por recorrer. Los muchos que creyeron en Jesús en el v. 30 por su promesa de los vv. 28-29 han dejado el escenario, pero hay algunos de entre «los judíos» que permanecen. Ellos han llegado a tener una fe parcial en Jesús y siguen allí. Jesús intenta introducirlos en la fe auténtica. Los exhorta a persistir, a seguir «permaneciendo» en su palabra. Hay un dinamismo en el trayecto de la fe, desde una fe parcial a la fe plena (cf. 2,1-4,54), y al comprometerse en este trayecto «permaneciendo» en la palabra de Jesús que están luchando por entender, pueden considerarse como discípulos de Jesús. Un discípulo está siempre en la escuela de Jesús. Es la constancia en la fe lo que da el carácter al auténtico discipulado. Su trayecto a la fe verdadera llevará a «los judíos» a un conocimiento de la verdad, el conocimiento de Dios hecho posible mediante la revelación acontecida exclusivamente en Jesús (cf. 1,18; 3,13; 6,46). Esta revelación producirá libertad.

.- Creer en la revelación de Dios que se realiza mediante Jesucristo da el poder para llegar a ser un hijo de Dios (cf. 1,12-13). Pero el judaísmo enseñaba que el estudio de la Ley es lo que hacía libre al pueblo. Esta promesa es trascendida por las palabras de Jesús al decirles que mediante la aceptación de su revelación de Dios serán liberados.

«Los judíos» no tienen necesidad de esta libertad (v. 33). Ya la poseen porque son descendientes de Abrahán. El subsiguiente conflicto (vv. 34-37) presupone que la revelación de Jesús prometida en los vv. 31-32 daría a «los judíos» la libertad por la que se les concedía el poder de llegar a ser hijos de Dios (1,12), pero son incapaces de ir más allá de lo que controlan y comprenden. Insisten en que nunca han sido esclavos de nadie porque son *sperma Abraham* (v. 33a); por ello cuestionan el derecho y la capacidad de Jesús para decirles que tiene un camino que les conducirá a la libertad (v. 33b). De nuevo emerge un choque entre dos formas diferentes de entender el modo en que Dios se da a conocer. Las palabras de Jesús, que comienza con el doble «amén», vinculan lo que sigue con lo que ha pasado antes. «Los judíos» afirman la libertad porque son *sperma Abraham* (v. 33), pero Jesús les replica que la descendencia física no vale para medir la libertad ni la esclavitud (v. 34). La pecaminosidad surge en lo que una persona hace: «todo el que comete pecado es un esclavo del pecado»; Esto no depende de la línea sanguínea. De entre las dos posibles categorías de personas que

habitaban una casa, esclavos e «hijos», «los judíos» afirman que son «hijos» sobre la base de su descendencia física, pero ¿lo son realmente?

Al comienzo de este encuentro, Jesús los exhortó a «permanecer» en su palabra (v. 31). Tal «permanencia» en la palabra de Jesús produce la libertad verdadera (v. 32). Los esclavos no permanecen en la casa, mientras que los «hijos» se quedan para siempre (v. 35). ¿Son capaces de aceptar quienes escuchan a Jesús su recomendación para que «permanecieran» en su palabra (v. 31), o serán juzgados como esclavos porque hacen cosas malas (v. 34)? Su presencia en la casa ¿es temporal o para siempre? (v. 35).

.- La respuesta a estas preguntas se nos da mediante un desplazamiento en el significado de «hijo». Es Jesús, el Hijo, el que da a la gente una libertad que dura para siempre (v. 36). Jesús sabe que en el nivel de su linaje de sangre «los judíos» pueden afirmar que son descendientes físicos de Abrahán. Ellos son *sperma Abraham*, pero «los judíos» están comprobando que la descendencia física no determina la filiación ni la libertad (v. 37). Jesús da a conocer, mediante su palabra, lo que él sabe por su unión con el Padre (v. 38), pero «los judíos» son incapaces de «hacer un espacio» a la palabra de Jesús (v. 37c). El verbo «hacer un espacio» implica una apertura activa en el receptor para que algo o alguien pudieran entrar en él (cf. Mc 2,2; Mt 19,11-12). Pero entre «los judíos» no existe esta apertura activa a la palabra de Jesús. De hecho, están implicados en un complot para matarle (v. 37b). Ellos pueden afirmar que son *sperma Abraham*, pero no son hijos suyos. Si lo fueran nunca hubieran querido librarse del Hijo de Dios. Su paternidad debe juzgarse según sus acciones, por lo que deben ser los hijos de otro padre (v. 38b). El criterio de pecado suministrado en el v. 34 se está empleando en este juicio de «los judíos»: «todo el que comete pecado es esclavo del pecado». Jesús ha ofrecido un camino para salir de esta esclavitud y lograr la libertad, pero es rechazado. Se produce un rápido y dramático cambio de atmósfera. En el v. 31, Jesús se dirigió a «los judíos» que habían comenzado a creer. En el v. 38, acusa al mismo grupo de pertenecer a otro padre, tanto por sus acciones como por el rechazo a hacer un espacio a su palabra reveladora. ¿De qué padre se trataría? Obviamente, no puede ser el Padre de Jesús.

.- **Vv. 39-47:** Se plantea la cuestión del Padre. ¿Quién es el Padre de Jesús y quién el padre de «los judíos»? «Los judíos» insisten en la paternidad abrahámica sobre la base de sus raíces físicas, pero el estatus de Abrahán como padre de la nación se enraíza en su apertura a la palabra de Dios. Él fue un hombre de fe que desde su salida de Ur de los Caldeos (cf. Gn 12,1-9) hasta el momento en que puso en riesgo la vida de su único hijo (cf. Gn 22,1-17) «hizo un lugar» a la palabra de Dios cuando ésta le llegó. Si «los judíos» fueran los auténticos hijos de Abrahán se comportarían como él (v. 39). Pero han rechazado la revelación de Dios en la palabra de Jesús. Abrahán acogió a los mensajeros divinos (cf. Gn 18,1-18), pero «los judíos» rechazan a un hombre que les trae un mensaje de Dios. No se comportan como hizo Abrahán (v. 40). Puesto que esto es así, su paternidad debe encontrarse en otra parte (v. 41a), tal como Jesús había ya sugerido (v. 38b).

.- Para ser hijo de Dios uno debe aceptar la palabra de Dios. Rechazarla es elegir a otro padre. El argumento de los vv. 37-38 se repite en los vv. 39-41a. «Los judíos» responden acusando a Jesús de ser hijo de la fornicación mientras que ellos son hijos del único Dios (v. 41b). La acusación se basa en la imagen de la fornicación que se utiliza en el AT para hablar de la infidelidad o la apostasía con respecto a Dios (cf. Os 1,2; 4,46; 4,15; Ez 16,15.33-34). Lógicamente, de afirmar que tienen a Abrahán como su padre (v. 39) pasan a decir que ellos «no tienen más Padre que Dios» (v. 41c). Por la alianza forjada entre YHWH y el pueblo, «los judíos» se consideraban a sí mismos como hijos de Dios (cf. Ex 4,22; Dt 14,1; 32,6; Jr 3,4.19; 31,9; Is 63,16; 64,7). Ellos se asocian con la confesión matutina de los sacerdotes, que se celebraba cada día durante la fiesta de los Tabernáculos, pero Jesús les responde diciendo que,

si fueran realmente los hijos de Dios, amarían a Jesús, pues él vino y salió de Dios como Enviado suyo (v. 42).

El comentario del narrador en 3,35 de que el Padre amó al Hijo es el fundamento de 8,42: los hijos del mismo padre se aman entre sí. La ira y la violencia creciente contra Jesús en esta celebración del único Dios verdadero muestran que Jesús y «los judíos» no pueden ser hijos del mismo Padre.

.- Jesús pregunta por qué «los judíos» no comprenden lo que les dice (v. 43a), y él mismo responde a esta cuestión. No escuchan la palabra hablada por Jesús (v. 43a) porque no están abiertos a su mensaje de revelación (v. 43b). No sólo se oponen a hacer un lugar a la palabra de Jesús (v. 37), sino que además se les acusa de no ser capaces de escuchar su palabra debido a sus orígenes (v. 43b), es decir, a que su padre es el diablo (v. 44a). Hablan y actúan según sus orígenes: «vuestra voluntad es hacer lo que vuestro padre desea» (v. 44b). Las palabras y acciones de Jesús son dirigidas por la voluntad de su Padre (cf. 4,34; 5,36), así como las palabras y acciones de «los judíos» son dirigidas por la voluntad de su padre, el diablo (v. 44b). La descripción que sigue sobre el diablo (v. 44cd) se basa en sus acciones «desde el principio» (v. 44c). Por medio de la mentira y el engaño quitó a Adán la promesa original de la inmortalidad que YHWH le había hecho. Es, por tanto, un mentiroso y un asesino (cf. Gn 3,1-24; Sab 2,24). Su engaño también condujo al primer asesinato, al de Abel por Caín (Gn 4,1-15). En el principio, el diablo estaba en contra de Dios, engañando y asesinando a la humanidad (compárese con Jn 1,1-5). Todo cuanto pueda decirse sobre el diablo está en oposición a Jesús; el diablo «no tiene nada que ver con la verdad porque no hay verdad en él» (v. 44c). Jesús revela la verdad al contar la historia de Dios, mientras que el diablo es la negación de toda verdad. Fue su papel en el comienzo de la historia humana, instituyendo una situación de mentira, engaño y muerte, el que lo convirtió en «el padre de la mentira» (v. 44d).

Por consiguiente, nos encontramos con dos poderes al comienzo de la historia humana: Dios, que es veraz, y el diablo, que es el padre de la mentira. Jesús dice la verdad (v. 45). La palabra de Jesús es la revelación de la verdad en la historia humana y refleja sus orígenes junto a Dios, su Padre. Pero «los judíos», expresando sus orígenes en aquel que habla la mentira (v. 44d: «cuando miente, habla según su propia naturaleza»), no creen en la palabra de Dios (v. 45). La revelación de la verdad entre los hijos de aquel que es el padre de la mentira conduce inevitablemente al rechazo y la negación.

.- Jesús concluye esta sección con una acusación formada por dos cuestiones retóricas (v. 46). A la segunda de estas preguntas se responde en el v. 47, mientras que a la primera no se le da respuesta, pues no la tiene. Jesús desafía a «los judíos», hijos del padre de la mentira, a que lo condenen por pecar (v. 46a). Ahora bien, esto es imposible, puesto que un mentiroso no está en posición de condenar a quien dice la verdad. Esta realidad de que «los judíos» son unos mentirosos se encuentra en el centro de la segunda pregunta de Jesús (v. 46b). Ellos pertenecen al ámbito de la falsedad. La única respuesta que «los judíos» podrían dar a la pregunta de Jesús, «¿Por qué no creéis en mí?», sería «Porque no podemos». Anteriormente, les había preguntado «¿Por qué no comprendéis lo que digo?» (v. 43a) y, entonces, respondió por ellos mismos: «Porque no podéis» (v. 43b).

En la visión joánica de Dios y el mundo hay dos tipos de personas involucradas en esta discusión: aquellos que son «de Dios» y los que «no son de Dios». «Los judíos» pertenecen a este último grupo (v. 47). La palabra de Jesús es la revelación de Dios, y una persona que es «de Dios» la escuchará. Esta «escucha» es imposible para quienes son hijos del diablo (v. 44). La discusión sobre los dos padres vuelve al punto de partida cuando «los judíos» afirman que Abrahán era su padre (v. 39).

.- **Vv. 48-59:** Este momento final en el encuentro entre Jesús y «los judíos» en el templo es un auténtico diálogo durante el que los dos puntos de vista entra en colisión. «Los judíos» interrogan (vv. 48.53.57), afirman su punto de vista (v. 52) y reaccionan (v. 59a). Jesús responde a sus preguntas (vv. 49.54-55), afirma su punto de vista (vv. 50-51.56.58) y reacciona (v. 59b).

«Los judíos» se autodefenden contra la afirmación que Jesús había hecho de que eran hijos del diablo, acusándole, con tono de seguridad, de ser un samaritano, miembro por tanto de una raza mestiza y apóstata, y de tener un demonio, es decir, de estar loco (v. 48). Jesús responde retornando al tema en cuestión: el Padre. Las palabras que dirige a «los judíos» proceden de su unión con el Padre a quien ellos quieren honrar, al tiempo que quieren deshonorar a Jesús (v. 49). El juicio brota de la aceptación o el rechazo de Jesús (cf. 3,16-21.36; 5,27; 8,16), y para honrar al Padre hay que honrar al Hijo (cf. 5,23). Jesús no busca su propia gloria (*doxa*), pero puesto que es el Enviado del Padre, esta gloria le vendrá en el tiempo y el modo determinados por el Padre. El Padre es el que la busca y quien juzga (v. 50). Tras el juicio que brota de la aceptación o el rechazo de la gloria de Jesús se encuentra Dios, el Padre que envió a Jesús. La vida eterna, por tanto, surge de observar la palabra de Jesús, aferrarse a ella y realizar sus exigencias, obteniendo de este modo la vida mediante ella (v. 51). La respuesta de Jesús al rechazo de su persona por «los judíos» (v. 48) es reafirmar la función central de la revelación de Dios que acontece en él y que conduce bien a la vida o a la muerte (vv. 49-51).

.- Pero «los judíos» no se moverán. De nuevo reclaman su ascendencia abrahámica y profética (vv. 52-53). Retorna el ya familiar «conocemos, sabemos». Ellos saben que su acusación contra Jesús (cf. v. 48) es cierta porque sus propias palabras le condenan. No hay apertura a la palabra de Jesús que viene de arriba, puesto que permanecen en su mundo de abajo (cf. v. 23). Sus palabras recuerdan a la incapacidad de la mujer samaritana para aceptar que Jesús pudiera ser más grande que Jacob (cf. 4,11-12); en efecto, «los judíos» preguntan: «¿Eres tú más grande que nuestro padre Abraham... los profetas?» (v. 53). Todos ellos murieron; ¿cómo puede ofrecer Jesús una vida eterna? Ellos saben que Jesús no es más grande que Abrahán o los profetas. El lector sabe que sí lo es.

La cuestión de la muerte lleva a que Jesús repita que él no busca su propia gloria, que depende totalmente del Padre (v. 54, cf. v. 50). Será una intervención del Padre la que establecerá la gloria de Jesús. El enigma reside en que «los judíos» reivindican al único Dios verdadero, pero no es verdad; su padre es el padre de la mentira (v. 44). No pueden deshonorar (v. 49) y desear matar (cf. 5,18; 7,1) al Hijo de Dios y afirmar que su Padre es también su único Dios verdadero. «Los judíos» no conocen a este Dios porque rechazan reconocer al Hijo y aceptar su palabra (v. 55a), mientras que Jesús sí conoce a Dios. Si admitiera este conocimiento se uniría a «los judíos» en su mentira (v. 55b).

Puede que Abrahán esté en el fundamento de sus orígenes físicos, pero está separado de ellos porque él aceptó el plan de Dios; él se alegró porque iba a ver el día de Jesús, mientras que ellos no (v. 56). La fe de Abrahán, tal como se recoge en los relatos del Génesis, era el ejemplo del que buscaba realizar el plan de Dios. «Los judíos», a pesar de que reivindican la generación física de su padre Abrahán, están separados de él por un enorme abismo: él se alegró al ver la llegada de Jesús, mientras que «los judíos» quieren matarle.

.- «Los judíos» preguntan cómo un hombre que aún no tenía cincuenta años podía afirmar que había visto a Abrahán (v. 57). Como a lo largo de todo este debate (cf. vv. 52-53), no han prestado atención a las palabras de Jesús. Él no había dicho que había visto a Abrahán, sino que Abrahán se había alegrado al ver el día de Jesús. Introduciendo sus palabras finales con el doble «amén», Jesús concluye solemnemente la discusión hablando de un modo que resulta incomprensible a «los judíos», pero totalmente claro para quien haya leído y aceptado el prólogo (1,1-18): «En verdad, en verdad os digo que antes que Abrahán ya existía yo» (v. 58).

Jesús invoca su preexistencia como *logos*, vuelto en unión amorosa hacia Dios desde antes de que comenzara todo (1,1). Abrahán, aun con toda su grandeza, pertenece a la secuencia de los acontecimientos que marcan el paso del tiempo. Su historia ha terminado; él vino y se fue. Pero éste no es el mismo caso de Jesús. Él habla a «los judíos» desde el interior del tiempo histórico de los acontecimientos de la fiesta de los Tabernáculos, pero trasciende este tiempo mediante una referencia que remite a un punto antes y más allá del tiempo de la historia. Antes del tiempo de Abrahán, él ya existía (1,1).

De 1,1 se ha dicho lo siguiente: «Si fuera verdad, el libro sería blasfemo». Puesto que «los judíos» se sitúan fuera del mundo del prólogo, necesariamente juzgan a Jesús como blasfemo y cogen piedras para matarle (v. 59a), pero Jesús no será ejecutado mediante lapidación. Debe ser «levantado» (cf. 3,14; 8,28). Jesús se escabulle (v. 59b), una acción que recuerda la forma en que llegó al templo en 7,10. Una importante sección del relato llega a su fin con este retorno al tema del secretismo; Jesús abandona el templo por primera vez desde 7,10 (8,59c).

.- **Conclusión a 7,1-8,59:** El relato de la presencia de Jesús en la fiesta de los Tabernáculos contiene una serie de afirmaciones cristológicas que se corresponden con las principales celebraciones de la fiesta:

- Jesús es el revelador del Dios único y verdadero. Da a conocer a Dios con una autoridad única, contra todas las formas de idolatría.
- Jesús es el Mesías. Las esperanzas mesiánicas de Israel no quedan anuladas, sino trascendidas y transformadas (cf. Zac 14,16-19; Jn 7,25-31.32-36).
- Jesús es la personificación y universalización de la celebración del don de agua viva. Las esperanzas mesiánicas asociadas a este don quedan transformadas y trascendidas (Jn 7,37.48-52).
- Jesús es la personificación y universalización de la celebración de la luz del templo y de la ciudad de Jerusalén (Jn 8,12).
- La celebración matutina del tradicional Dios de Israel está en juego. «Ellos no entendieron que les hablaba del Padre» (Jn 8,27). «Los judíos», que intentan matar a Jesús, no son hijos de Abrahán o del único Dios verdadero, sino los hijos del diablo (8,37.59; cf. 5,23).

Lo que se había realizado en el templo judío en la fiesta de los Tabernáculos no era sino un signo y una sombra de la perfección del don de Dios en la persona de Jesucristo (cf. 1,16-17), el Hijo del único Dios verdadero (7,14-24), el Mesías que no podía ser contenido dentro de las expectativas mesiánicas judías (7,25-31.32-36), la perfección del don de la Ley como agua viva (7,37-39) y la luz del mundo (8,12).